

Notas críticas

Las ambigüedades de Michael Mann
The Sources of Social Power II*

Guillermo V. Alonso

ESTA OBRA es el segundo volumen de un ambicioso proyecto teórico-empírico que se propone reconstruir la evolución de la humanidad desde el neolítico hasta nuestros días. Entre sus principales méritos destaca el presentar una historia compleja y no reduccionista de las bases del poder.

El programa teórico de Mann se centra en una tipología de las formas del poder. De este modo, definirá tres diadas: *a) el poder distributivo y el colectivo*: el primero consiste en el control de un actor sobre otro y el segundo en la ampliación conjunta de las capacidades de control y predominio; *b) el poder también puede ser extensivo*, considerando la medida de su alcance territorial, o *intensivo*, por la capacidad de contener y movilizar población, y *c) por último, el poder se configurará como autoritario o difuso*, es decir, por la capacidad consciente de ordenar y obedecer, en el primer caso, y por la internalización inconsciente y espontánea mediante formas no institucionalizadas, en el segundo. Mann define cuatro fuentes de poder: político, militar, económico e ideológico.

La dinámica del desarrollo social residiría en la lucha por el control de las organizaciones de poder, cuya imbricación —no sistémica— configura a las sociedades, aunque no de modo unitario.

* Véase Michael Mann, *The Sources of Social Power II. The Rise of Classes and Nation-States, 1760-1914*, Nueva York, Cambridge University Press, 1993.

El Estado cristaliza como el centro de múltiples redes de poder. Mann subraya la complejidad del proceso de emergencia del Estado-nación, su carácter diferenciado, polimorfo y no unitario, respondiendo en cada fase a diversas cristalizaciones de poder (capítulos 11 a 14).

Frente a una obra de vastos alcances, que postula una compleja teoría puesta en funcionamiento mediante una extensa reconstrucción histórica, es pertinente estimar la consistencia entre marco teórico y análisis histórico. Y aquí el ambicioso proyecto muestra debilidades.

Mann sostiene que cada una de las “cristalizaciones de poder” encarna una lógica propia, pero sin que se definan entre ellas articulaciones que las integren en una lógica sistémica. Sin embargo, la explicación que propone con respecto a la disminución de los rangos de coerción en el Estado moderno, comparativamente con sus antecesores, no hace más que brindar una explicación sistémica al reconocerse implícitamente la interdependencia recíproca entre coerción y consenso en el Estado moderno: la primera disminuye porque se institucionalizan las relaciones capital-trabajo y se alcanza la ciudadanía social y política (pp. 405 y 411).

En el Estado moderno, coerción y consenso interactúan recíproca y necesariamente, en grados variables según las condiciones históricas, y tienden a establecer una relación orgánica que no resulta simplemente de la contingencia histórica. Aunque no deje de ser trivial recordarlo, el poder político del Estado —cuyos recursos *específicos*, de acuerdo con Mann, parecen quedar reducidos a la regulación centralizadora y territorializante (p. 9)— es difícilmente imaginable sin el respaldo de los medios coactivos.

El propio autor observa que:

Clearly, no state has ever been entirely pacific, and therefore all move occasionally or as a matter of routine to repression (p. 403).

Más adelante señalará:

“Citizenship” was not merely the attainment of Marshall’s universal rights: nor did it inaugurate pacific internationalism. It came entwined with military power relations. The “nation” was partially segmentally organized, statist, and violent (p. 436).

Pero estas constataciones, impuestas por la evidencia histórica sólo pueden ser valoradas *descriptivamente*, si se consideran un resultado contingente de la yuxtaposición aditiva de las cristalizaciones “representativa” y “militarista”, y no pueden ser analizadas *explicativamente*

mediante hipótesis que den cuenta del modo en que se interrelacionan coerción y consenso en el Estado contemporáneo. Las conclusiones empíricas a las que llega el propio Mann desembocan en una mirada teórica militantemente “antisistémica”, y se resuelven en conceptos puramente descriptivos.

El rechazo a plantear articulaciones orgánicas entre las fuentes de poder debilita también algunas de las premisas teóricas centrales de la obra: la separación entre poder militar y poder político. De acuerdo con Weber, esta separación no deja de ser sorprendente, pues lo que constituye la esencia del Estado es el monopolio de la fuerza.

Las razones de Mann para tal bifurcación no resultan convincentes, ya que surgen de una oscilante —y poco rigurosa— estrategia explicativa: luego de definir al poder militar por sus funciones, la represión interna y la guerra externa, el autor fundamenta la tesis de la autonomía/separación del poder militar en términos *institucionales*,¹ y casi tautológicos: la élite militar fue autónoma porque permaneció autónoma dentro del Estado (cap. 12).²

¹ En el tomo I de *Las fuentes del poder social*, Mann reconocía que “equiparar la fuerza física con el Estado suele tener sentido en el caso de los estados modernos que monopolizan la fuerza militar” (p. 27). Sin embargo, luego matizaba por razones de tipo institucional: “En el plano interno, la organización militar suele estar institucionalmente separada de otros órganos del Estado, incluso cuando se halla controlada por éste.” Finalmente, remataba su argumentación remitiendo a procesos poco aplicables a los estados-nación de Europa y Estados Unidos, en los que la fuerza se halla controlada por ellos: “Como es frecuente que los militares derroquen a la élite política del Estado en un golpe de estado, necesitamos distinguir entre las dos cosas” (poder político y poder militar) (Mann, 1991, pp. 27 y 28). Como vemos, la oscilación entre lo funcional y lo institucional para fundamentar de modo *ad hoc* un mismo fenómeno, recorre desde el comienzo la obra de Mann, pero como recurso explicativo sólo termina debilitando sus premisas teóricas.

² Tal vez los casos seleccionados por Mann no sean los ejemplos más adecuados para ilustrar la pertinencia teórica de separar el poder político y el poder militar. Si se consideran los referentes empíricos seleccionados, es probable que Mann enfatice exageradamente la autonomía de la fuente de poder militar, no sólo frente al poder político sino también ante otras fuentes de poder.

En las coyunturas en que predominaron salidas “militaristas”, la gravitación, decisiva o considerable, del poder militar se habría debido ya sea al desarrollo de convergencias o articulaciones con el poder económico, o bien, a la subordinación al poder político antes que a una influencia estrictamente autónoma de la élite militar. Si las “teorías del imperialismo” son correctas, tesis que Mann rechaza, es probable que la principal dinámica que impulsó hacia el desencadenamiento de la primera guerra mundial se haya originado en la lógica de desarrollo de la “cristalización capitalista”.

En el caso del nazismo, la versión más extrema del nacionalismo y militarismo alemán, es difícil hablar de autonomía del poder militar cuando las propias fuerzas armadas percibieron como una amenaza a su autonomía institucional y a su control

Donde más evidente aparece la necesidad de explicar en términos sistémicos las funciones del Estado, *malgré* Mann, es cuando éste analiza el surgimiento histórico del Estado-nación y el modo en que este proceso redefinió la relación entre poder infraestructural y poder despótico. (Conceptos que si bien no se superponen unívocamente a los de consenso y coerción, serían los aspectos predominantes de cada uno de ellos, respectivamente.)

El siglo XIX presenció el surgimiento de un Estado con capacidad de realizar un número creciente de funciones civiles, cuasirrepresentativo, más centralizado, burocrático y meritocrático, con infraestructuras más capaces de penetrar eficientemente todos sus territorios. El Estado no sólo expandió su tamaño sino también su alcance, penetró fuertemente en la vida social y reforzó su capacidad de coordinarla. Pero el poder infraestructural incrementado, al comprometer crecientemente al Estado en la sociedad civil, produciría al mismo tiempo una importante pérdida de autonomía. La sociedad civil estaba cada vez más politizada, y esto ocasionó que los partidos se fortalecieran más que las élites estatales. La fuerte expansión de las funciones civiles del Estado no produjo, entonces, un incremento del poder despótico o autónomo de las élites estatales.³ El mayor alcance del Estado moderno pudo ser más consensual que el alcance más débil del Estado tradicional. Expuesto a los con-

sobre el monopolio de la fuerza como la formación de las características estructuras paramilitares del Partido Nacional Socialista. ¿Surgimiento de un “neo” o “paramilitarismo”? Es probable, tanto como evidente, su férrea subordinación a un partido y a un liderazgo políticos.

En los Estados-nación desarrollados es limitada la influencia estrictamente autónoma del poder militar. Que su gravitación es función de articulaciones con otras fuentes de poder aparece claramente sintetizado en la fórmula que desde Eisenhower se volvió un lugar común de la vida política norteamericana: el “complejo militar-industrial” que amenazaría la independencia del poder representativo.

Quizás sea América Latina el referente histórico más adecuado para explicar cómo gran parte de su proceso político fue afectado por un poder militar autónomo “separado” del poder político, aunque la indagación no estaría bien orientada en los términos que propone Mann (p. 406): no ha habido correlación causal entre menor industrialización e institucionalización de las relaciones laborales y mayor intervencionismo militar. Es más, ha sido en algunos de los países más modernizados de América Latina donde el intervencionismo militar se volvió más frecuente durante las décadas de los años sesenta y setenta.

³ En un trabajo anterior, Mann sostiene que en comparación con los Estados históricos, el Estado moderno representativo, despóticamente débil y con fuerte control público sobre la élite estatal, es el menos autónomo de la historia (Mann, 1991b). La conclusión no parece muy justificada: en los Estados y sociedades premodernos las “organizaciones de poder social” gravitaban determinantemente sobre las “élites estatales” a lo largo de líneas que fusionaban economía y política, Estado y sociedad civil.

flictos y predomios de la sociedad civil, se constituyó más como espacio que como actor.

Nuevamente el análisis histórico ofrece los materiales que la visión teórica se priva de exigir: las relaciones interdependientes entre poder infraestructural y despótico requerirían mayor profundización. Si la interpenetración entre Estado y sociedad civil se desarrolló fundamentalmente en el espacio del poder infraestructural, cuyo mayor alcance vuelve demasiado “porosas” las fronteras entre los dos polos de la relación, ocasionando el debilitamiento del poder despótico de las élites estatales, no resulta claro cuál pudo ser el espacio de constitución de la necesaria intermediación política que, al mismo tiempo que habría de inyectar el componente de racionalidad material a la lógica del Estado, articularía las demandas sociales en un horizonte de gobernabilidad. ¿Fue un espacio construido desde la sociedad civil, o acaso se derivó del reflujo despótico de las élites estatales? ¿No es acaso esta brecha analítica lo que explica el escaso relieve otorgado al régimen político a lo largo de la obra?

Además, si bien Mann acierta al señalar que la mayor participación en la sociedad civil fragmenta y hace perder coherencia al aparato estatal, no distingue la consecuencia necesariamente ambigua del tal proceso, puesto que éste no sólo implica una disminución del poder despótico de las élites estatales, sino que también es condición de posibilidad de una mayor autonomización burocrática frente al poder político mediante el desarrollo de articulaciones con los intereses dominantes de la sociedad civil. Observar este proceso hubiera permitido otro acercamiento a la cuestión del régimen político, pues desde los orígenes del Estado-nación representativo queda planteada la tensión entre política y administración en el interior del aparato estatal.

Cuando Mann define las fuentes de poder postula explícitamente que ninguna puede ser considerada un factor causal único o privilegiado, ya que se solapan e intersectan en redes de interacción “promiscua”. El modelo de las cuatro fuentes de poder no puede ser entendido como un sistema social unitario constituido por “subsistemas” o “niveles”, alguno de los cuales opera como “determinación en última instancia” o estableciendo los límites estructurales del sistema.⁴ El rechazo a cualquier primacía causal se hace tan manifiesto y militante como la impugnación a toda lectura “sistémica”.

⁴ En la página 86 el autor sostiene que cinco casos no son suficientes para ofrecer sustento a una “teoría de la determinación en última instancia”. Lo que no queda claro es por qué el mismo número de casos es suficiente para sostener la tesis contraria.

No obstante, en las conclusiones históricas referidas al proceso de emergencia de los Estados-nación Mann incurre en otra inconsecuencia con su marco teórico, pues privilegia en gran medida el peso de “la cristalización capitalista”,⁵ aun cuando sostenga con menos convicción la coincidencia de las cristalizaciones “Estado-nación” y “militarista”:

Overall, these states had crystallized more overtly as capitalist states than as anything else [...] for particular historical reasons, the state —the one that mattered most in this period, the state of the Western Europeans and North Americans— was predominantly reducible in terms of open power struggles over domestic policy to the dominant capitalist class of civil society. It had not always been so. But a reductionist, economic theory resonates strongly in domestic politics during the nineteenth century (pp. 505-506).⁶

¿Las inconsistencias que recorren la obra, acaso son simples descuidos argumentativos? ¿Son las “lagunas” inevitables de una obra excesivamente ambiciosa, que en su totalidad cubre la entera evolución de la humanidad?

Nada menos seguro. Las ambigüedades que *intersticialmente* se filtran a lo largo del análisis empírico emergen de los *límites* que la propia mirada teórica se impuso.

Las fuentes de poder tienen coincidencia en la producción de efectos, pero su interrelación concreta no va más allá que la de ser simultáneas en el tiempo sin interdependencia alguna. Al abordar el análisis histórico, una visión de este tipo sólo puede enumerar escenarios y ac-

⁵ Tal vez el hecho de privilegiar el poder económico como factor causal ya estuviera contenido en el marco teórico propuesto por Mann. En la enumeración y explicación de las distintas fuentes (pp. 6-10) Mann caracteriza al poder económico como el único que combina cuatro de las seis formas del poder: poder extensivo e intensivo, difuso y autoritativo. Dotado de tal capacidad de implantación social, penetrando tanto en la esfera de la producción como en la del intercambio, quizás no sea necesario recurrir a la “última instancia” para adjudicarle un mayor peso relativo cuando se intenta una explicación causal. Éste parece ser el camino que siguió el autor.

⁶ También en la primera parte de *Las fuentes del poder social*, su análisis “multicausal” termina inclinándose hacia una de las fuentes de poder, en este caso se inclinará por el poder ideológico. Cuando busca las respuestas al dinamismo de Europa, que llevó a esta región de su casi reclusión en los siglos XI y XII a ser la más poderosa civilización, tanto intensiva como extensiva, a comienzos del siglo XIX, Mann plantea que el “milagro europeo” tal vez se haya debido a la forma en que se unieron diversas redes de poder, pero luego argumenta: “He destacado a una, la Cristiandad, como *necesaria* para todo lo que siguió. Las demás también hicieron una contribución considerable a la dinámica consiguiente, pero otra cosa muy distinta es que fueran ‘necesarias’ ” (tomo I, p. 713). Este sesgo ya fue observado por Anderson (1991).

tores de poder, y considerar que “lo imbricado” y “lo intersticial” intervienen remitiendo hacia una causalidad “polimorfa” que en los hechos nos deriva a la indeterminación emergente de múltiples efectos no buscados.

El saldo final no puede ser más paradójico: las conclusiones que se desprenden de *The Sources of Social Power II* constituyen argumentos a favor, involuntarios y “por defecto”, de las teorías que sostienen la necesidad de principios explicativos que jerarquicen algún nivel causal, sin suponerlo apriorísticamente, y que definan, sin caer en reduccionismos, las interrelaciones regulares y no sólo contingentes que se dan entre los distintos factores que intervienen en la causación, en función de conceptualizar grandes etapas de cambio social. De lo contrario, la narración termina ocupando el lugar de la explicación.

Bibliografía citada

- Anderson, Perry (1991), “Una cultura a contracorriente”, *Zona Abierta*, 57/58.
Mann, Michael (1991a), *Las fuentes del poder social*, I, Madrid, Alianza Universidad.
____ (1991b), “El poder autónomo del Estado: sus orígenes, mecanismos y resultados”, *Zona Abierta*, 57/58.
____ (1993), *The Sources of Social Power II*, Nueva York, Cambridge University Press.

